

26 febrero 1895

EL PRIMER COMBATE DE LA REGION OCCIDENTAL EN LA GUERRA DEL 95.

Su primer intento emancipador lo recoge la Historia como el 'Grito de la Yuca', nombre de la finca escenario del combate que inició a Occidente en la epopeya de Baire, reto definitivo a la Metrópolis

Por CRISTIAN ROZALES

El coronel Martín Marrero, una de las figuras brillantes de nuestra Guerra de Independencia, permanece cavilado en su edénico retiro de Santiago de las Vegas; su patria chica, que como una recompensa espiritual a su gran corazón de cubano, le ofrece el orillísimo paisaje de la Estación Experimental Agronómica. Y allí retirado y modesto, cual una flor de la patria que se va marchitando poco a poco, mantiene vivo el recuerdo de Jagüey Grande, rincón matancero de grasas reminiscencias para él, escenario de los arrestos vehementes de su juventud, al que se siente ligado por los lazos del espíritu, porque muchos hijos de ese pedazo de tierra cubana supieron secundarle valerosamente en el "Grito de la Yuca", primer intento suyo hacia la conquista de la libertad de su pueblo esclavo.

Conocíamos al coronel Marrero, más que por su historia, ya que la misma permanece inédita, diseminada en los diarios de campaña, por su justa fama de caballeroso, de sinceramente humilde, enemigo de toda ostentación.

Sabíamos de su participación, tan principatísima y airosa en la emancipación de Cuba; no ignorábamos que en la guerra se había batido en cien combates, rivalizando siempre en denuedo con los más valientes de nuestros capitanes; conocíamos también de la confianza en él depositada por el Apóstol, para buscar, recoger y organizar las huestes de patriota en el territorio que le fuera encomendado, al decirse a hacer de Cuba un pueblo libre; tampoco ignorábamos cómo él supo multiplicar aquellos motivos de confianza con su actuación diáfana en la conspiración; en el momento trascendental de lanzarse a la pelea, cuando muchos parecían haber olvidado su compromiso de honor; "haciéndose sentir" levantándose en armas contra el gobierno de España, en Jagüey Grande, desde las primeras horas del día señalado para ir a libertar a Cuba o morir por ella; en los instantes del combate de "Palmar Bonito", en terrenos de la finca "La Yuca", primero que se libró en el Departamento Occidental de la Isla y uno de los primeros también de la guerra del 95, según tiene aclarado cumplidamente nuestra Academia de la Historia.

Todo esto y mucho más sabíamos de la actuación del patricio; pero queríamos oírlo de los labios veraces del coronel Martín Marrero, más que por contarlo a nuestros consecuentes lectores, por dar al espacio de nuestra Cuba libre, ese sutil perfume de patria, esencia preciosa enfrascada en las amarillentas hojas de los diarios de "la revolución de los médicos", como bautizó Martí a la que dió origen a la guerra del 24 de Febrero, que hoy conmemoramos.

Y con la natural inquietud que crea el empeño en las empresas difíciles; pero también con el anhelo fervoroso de los que todavía creemos en la CAUSA que a ellos los llevó a la lucha para darse en ofrenda viva a esa santa causa, allí fuimos, a ese remanso de paz, vestibulo del Cacahual, la urna sagrada de las cenizas del Titán y de Panchito Gómez Toro, que es Santiago de las Vegas, a oír de los labios del médico eminente, del guerrero sin miedo y caballero por excelencia, del militar organizador, del ayer bizarro capitán de valientes y hoy ciudadano venerable, la narración de todo aquello que ya sabíamos, pero que nunca nos cansaríamos de escuchar.

Un gran obstáculo, sin embargo, tuvimos que vencer para realizar nuestra empresa: el coronel Marrero no gusta hablar de sí mismo; y milagro fué que al conjuro de la evocación del "romántico ideal", las fibras sensibles de su alma siempre joven y siempre pura hiciesen brotar de sus labios palabras que nos contasen, como cosas de cautivante leyenda, algunos de aquellos hechos trascendentales cuyos recuerdos inflaman el alma de fervor patrio, rixidos por él, y a los cuales él parece no darles ninguna importancia, porque estima que para servir a la patria nunca se ha hecho bastante.

Llegamos a la residencia del patricio, cuyo amplio portal es una invitación a la recreación del espíritu frente al huerto sembrado de palmas reales que es la entrada de la Estación Agronómica.

A nuestro tímido saludo respondió un cordialmente autoritario ¡Adelante! y al traspasar el umbral de aquel templo de paz y de amor, la figura bondadosa y todavía gallarda del coronel Marrero nos tiende su mano franca.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Con torpeza, y gracias al amable auxilio de nuestro introductor Mariano Albaladejo, logramos expresarle al coronel Marrero temerosos de aparecer rudos ante su apocóptica sencillez, nuestras osadas intenciones, logrando, al fin, que accediera a lo que él estima "una cosa innecesaria..."

ANTECEDENTES HISTORICOS:

—La Independencia de Cuba— comiencza a decirnos el coronel Marrero— fué un proceso de mucho tiempo; no sabemos cuándo principió. A mi juicio, fué una evolución impulsada por revoluciones que, cuando menos, ocupa todo el siglo XIX; síntomas, como las conspiraciones de los Rayos y Soles de Bolívar y otras; tentativas de rebeldía, como las de Narciso López, Agüero, etcétera; acometidas en serio como fueron luego nuestras Guerras de Independencia.

Estos sucesos —continúa diciéndome el doctor Marrero—, recesos y acontecimientos, encadenados por los mismos esfuerzos, sacrificios

y sufrimientos, son los que forman la jornada sin precedente de nuestra emancipación.

Después de una calma aparente, mejor dicho, de un receso en que sólo se sentía o contemplaba la lucha de los partidos políticos, en 1892 aparece ya hecha, con toda la fuerza de su genio de iluminado, la figura romantict y fascinadora de Martí, quien, del análisis de aquel pasado glorioso que con tanto interés había seguido, porque en él había batallado y sufrido; y del prolijo análisis de aquel presente animoso, llegó a la conclusión de que "el pueblo de Cuba reunía todas las condiciones que se necesitaban para ser libre y soberano." Esta no fué, como no podía serlo nunca, de lo que él hablaba, una simple frase; fué la sólida base, punto de partida de sus trabajos de conspiración, cuyo plan voy a exponerle en pocas palabras, con auxilio de este cuaderno mío, donde constan escritas muchas de esas cosas que ustedes quieren saber.

PLAN DE LA CONSPIRACION

—A fines de 1892—sigue narrándonos el coronel Marrero— vive el honor de recibir de Martí, la carta que voy a mostrarles,— y acompañando a la palabra el hecho, extrae de un cofre de su biblioteca la anunciada carta —la cual recibí por conducto de Ramón Rivera Montereci, secretario entonces de su Consejo de Gobierno de Key West, a quien acompañó en esa misión mi hermano José, y que, según pueden ver, dice así: "Querido compatriota; convencido de su patriotismo y aptitudes, me dirijo a usted. Tenemos que salvar la Patria y para ello es necesario buscar, recoger y organizar ese movimiento separatista, que en Cuba desordenadamente brota, para afrontar una revolución, que

será tanto menos duradera y dolorosa, cuanto mayor y unánime sea el esfuerzo empleado: armar a los decididos, convencer a los indecisos y avisar a todos los buenos, para que no sean sorprendidos. Es la misión que a usted queda encomendada. Estos trabajos se harán aisladamente, y para ello en cada Término municipal habrá un delegado, el que se coneretará, única y exclusivamente a su Término; sin conocer ni relacionarse con los otros y no obstante esto, llegado el momento, el movimiento será unánime, simultáneo, en toda la Isla. Y esto, se hace con el fin de que, si por cualquier causa, es sorprendido uno, el Gobierno no tome el hilo de la conspiración. Para la dirección y vigilancia de estos trabajos, habrá un delegado general para toda la Isla con poderes para resolver en todos los casos; el que transmitirá las órdenes por conducto de delegados provinciales, con el que cada uno de ustedes se entenderá directamente.

Para facilitar a usted su cometido, queda autorizado para hacer recolectas y utilizar todos los medios hábiles que estén a su alcance.

Saludo a usted y en usted a todos los buenos cubanos de su Término. (Fdo.)—Martí"

Habiéndome dicho, además, Rivera y mi hermano José, que Martí permanecería en Key West algunos días, y que quería verme, fui al Cayo a verle, celebrando con él varias entrevistas. Allí pude contemplar de cerca a aquel hombre

extraordinario, cuyos universales conocimientos, que no podían ser aprendidos, sino intuitivos, por la intuición de su genio, nos dejó asombrados a todos cuantos con él tratamos.

A mí, por ejemplo, que era médico, me habló de medicina; pero en forma y lenguaje tales, que difícilmente hubiera podido hacerlo mejor el más culto de mis catedráticos. A un carbonero que entró después que yo—y que salió de allí, como yo había salido, asombrado de lo que sabía "el hombre"—le habló de cosas de carbón, pero con mucha más pericia y mayor conocimiento de los que pudiera tener un carbonero de larguísima experiencia; y así, fué examinándonos a todos, para conocer el modo de utilizarnos allí donde nuestra actuación reportara mayores beneficios a la Revolución.

Entre los individuos mandados a buscar por él, hubo uno que al salir nada dijo, marchándose un poco amoscado; y al preguntarle a Martí, su secretario, si no le iba a confiar a dicho personaje la misión que se le había señalado de antemano, el Apóstol—según nos refirió luego el secretario—contestó:—"No; porque la fisonomía de ese hombre no responde a su promesa."— ¡Tal era su poder de penetración!



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Los recuerdos entusiasman al coronel Marrero, de tal modo, que nosotros participamos también de la felicidad que invade su ánimo; hacemos un breve comentario alusivo a la personalidad inabarcable de Martí, y el coronel Marrero prosigue:

—En aquellas entrevistas Martí acabó de exponerme todo el plan de la conspiración y lo principal que con él se relacionaba; al propio tiempo me dió órdenes, así como consejos surramente valiosos. Por él supe que respecto a los Veteranos nada especial teníamos que hacer; ellos estaban en sus puestos y siempre dispuestos; todo lo que pudiera existir entre ellos como causa de alejamiento, por grande que fuera, llegado el momento de servir a Cuba, resultaría muy secundario, no sólo por su patriotismo jamás desmentido; sino porque también mantenían y observaban como un culto sagrado el respeto que su jerarquía militar les imponía. Pero que ellos no se lanzarían a correr otra aventura guerrera sin tener las garantías necesarias.

Por razones poderosas, cuyos fundamentos comprobé luego, nuestros trabajos teníamos que dirigirlos a los nuevos: a los "Pinos Nuevos", y después que estuviéramos levantados en armas, entonces nos pondríamos, en el acto, a las órdenes de los Veteranos: cambio de jefaturas que se haría con toda seguridad, siempre que nuestro movimiento armado tuviera proporciones atendibles.

Juan Gualberto Gómez era el jefe de la conspiración en Cuba, y Emilio Domínguez, el delegado de la provincia de Matanzas, a la cual yo pertenecía y con los cuales, naturalmente, debía entenderme, observando desde luego el sistema organizado por Martí.

Hay un punto que deseo aclarar bien: Yo le pregunté a Martí cuál debía ser nuestro proceder respecto de los bandoleros, y él me contestó en estos términos:—"Al estallar la guerra, los que estén fuera

de la ley no pueden quedar neutrales: tienen que caer al lado nuestro o al lado de los españoles: a nuestro lado resultaría un bien para ellos y para nosotros; pues dada la guerra civilizada que desde el primer momento implantaremos y actuando sobre ellos de un modo directo y enérgico de disciplina militar, es de esperarse que, cuando menos, se regeneren. Del otro modo, cayendo ellos al lado del enemigo resultaría todo lo contrario. Por estas razones es necesario que ustedes, cuanto antes, hagan lo posible porque se vayan regenerando, haciéndoles conocer que si los utilizamos, es únicamente con fines patrióticos". Como hemos visto, ellos estaban incluidos en aquella frase suya: "Cuba con todos y para todos".

También me dijo Martí, respecto de los trabajos de la conspiración:—"Los médicos son los más apropiados, y por tanto, serán los mejores delegados: sus pasos a ninguna hora, ni en ninguna parte llaman la atención; siempre son bien recibidos, todos les deben algo; unos la vida, otros dinero; el médico es quien mejor conoce los secretos de todos; por eso, ésta será la revolución de los médicos".

La emoción que se ha apoderado del coronel Marrero es visible, nosotros seguimos contagiados de la euforia patriótica que disfruta el conspirador, revolucionario, guerrero y militar pundonoroso, por cuyos ojos asoman destellos de complacencia, como si estuviera viendo desarrollarse ante sus ojos la cinta maravillosa de los episodios que la evocación le permite vivir de nuevo; y sin darnos cuenta de que nos estamos excediendo en el disfrute de la generosidad que nos ha brindado, seguimos haciéndole preguntas que él va contestando con inagotable amabilidad.

TRABAJOS DE LA CONSPIRACION

—Sean cuales fueran—sigue diciéndonos el coronel Marrero — las concesiones del Pacto del Zanjón, el hecho es que, debido a los esfuerzos de la Guerra Grande, la Esclavitud había desaparecido, y blancos y negros eran iguales ante la ley. La actuación de los partidos políticos, que estaban en su apogeo, había dividido a los habitantes de Cuba. A un lado el Partido Liberal, que en un fuerte avance, al declararse Autonomista, había llegado, deteniéndose en ellos, a los líderes de la Independencia, realizando la labor de seleccionar a los hombres de Cuba: en él estaban agrupados los llamados buenos cubanos y, aunque pocos, algunos españoles. Al otro lado el partido Conservador, que era el partido del Gobierno, al que habían ido los llamados malos cubanos (Austriacantes).

Mientras estos dos partidos, cuya única ocupación era disputarse la suerte o el gobierno de Cuba, Juan Gualberto Gómez, tras rudo batallar y después de algunos meses de prisión, conseguía que el Tribunal Supremo de España declarase legal la campaña separatista; en tanto que los más notables y competentes veteranos cubanos, que aquí estaban, despreocupándose de lo que pudiera sucederles, continuaban su labor fecunda por los predios difíciles de la propaganda revolucionaria.

PRINCIPIAN LOS TRABAJOS

El plan de Martí se adaptaba perfectamente al plan de los partidos políticos, o, lo que es lo mismo, a la Ley Electoral entonces vigente; cuyos preceptos concordaban con los propósitos del Apóstol.



4

aunque, naturalmente, para muy distintos fines. Esto lo vieron los delegados cubanos, quienes, desde el punto neutral en que se hallaban, como medio de mejor observación, sacando de ella positivos y provechosos resultados. Los trabajos avanzaban. El propio partido Conservador, con sus privilegios y procedimientos de fuerza apoyados por el Gobierno, era un gran auxiliar para la propaganda de los delegados, que, pese a las dificultades imperantes, lograban hacer tangibles aquellos propósitos: "armar a los decididos" dondequiera que se encontraran y caer, como cayeron, sobre el partido Autonomista, para "convencer a los indecisos" y hacer todo lo posible por torcer el rumbo de sus aspiraciones hacia la emancipación absoluta; a tal extremo, que puede afirmarse, sin temor a equivocarse, que la gran mayoría de la gente nueva que se fué a la guerra, salió de las filas alineadas en el campo separatista, mediante aquella sabia actuación.

Los espíritus enardecidos por la vehemencia patriótica, querían lanzarse cuanto antes a la pelea; además, ya la propaganda había tomado demasiado vuelo, y de un momento a otro el Gobierno podía malograr aquellos planes elaborados con tanto amor y empeño, por lo que los jefes, apremiados por los comprometidos, cuyo entusiasmo sería difícil mantener si se dilataba el levantamiento, acordaron la histórica reunión del 23 de Enero de 1895, sobre la cual voy a hablarles ahora.

Hallándome en Jagüey Grande, en cuyo pueblo radicaba desde pocos años antes, dedicado a mi profesión de médico, recibí un aviso de mi compañero, el doctor Pedro Betancourt, luego general muy distinguido de la Guerra de Independencia, para que el 23 de enero citado estuviera en la ciudad de la Habana, calle de Trocadero número 72 1/2, hogar del malogrado López Coloma, fusilado en Matanzas al fracasar el levantamiento de Ibarra; en cuyo lugar iban a ser tratados asuntos de mucha importancia.

Consecuente con el aviso del doctor Betancourt, asistí a la reunión, que fué presidida por Juan Gualberto Gómez, —el coronel Marrero nos explica interesantísimos detalles de aquella reunión ya recogidos por la Historia, y que se apartan de la índole de este trabajo—, llegándose a la conclusión, después de considerar largamente el asunto, de alzarse en armas; determinándose posteriormente, previas consultas a los distintos jefes provinciales, que expresaron su aquiescencia, que el levantamiento

se efectuase el 24 de Febrero; comprometiéndose todos, en la reunión de Trocadero, a exhortación de Juan Gualberto Gómez, bajo palabra de honor, de que si llegado el momento ninguno de los demás comprometidos cumplía aquel compromiso, el que se quedase solo "sería capaz de hacerse sentir!". Está de más decir que todos los allí presentes contestamos afirmativamente.

EL ALZAMIENTO

En lo que respecta al coronel Marrero, éste nos sigue contando: —El día 20 de febrero, habiendo regresado de La Habana a Jagüey Grande, después de ultimar los detalles para el levantamiento, que sería, seguramente, el 24, al llegar a la Estación del ferrocarril me encontré con el comandante de voluntarios, quien me dijo que, precisamente el domingo 24, llegaría el General Prat, Jefe Militar de la Provincia; que con tal motivo se iba a engalanar las casas del pueblo, y que, aunque yo no "creía e nesó", me dejaran guano en mi casa como en todas las demás; contestándole yo que estaba dispuesto a contribuir al mayor lucimiento de aquellos festejos, y preguntándole, de paso, si el general Prat traería fuerzas consigo, pues una parada militar siempre resultaba atractiva; pero mi intención era conocer los detalles que pudieran serme útiles para mis planes de alzamiento. El comandante aludido me contestó que el General no quería nada de fuerzas con él y que sólo traería a su Ayudante.

Con estos datos concebí la idea de apresarse al General, al Obispo y a toda su comitiva e internarlos en la Ciénaga de Zapata, lo cual resultaría un golpe con el que realmente "me haría sentir"; y con Ramón Florenza mandé aviso a Bonifacio Gómez, quien me había asegurado que tenía un buen grupo armado en Guira de Macuriges y me contestó que estaba de acuerdo, así como que en la madrugada del 24 se hallaría en Crimea con sus hombres.

En la noche del día 23, acompañado de mi amigo Esteban Hernández Mesa, hombre leal y decidido y gran jinete además; y de algunos otros, me reuní en Crimea con Antonio de Armas, esperando allí la llegada de Bonifacio Gómez, quien parece no pudo concurrir. Pero como tampoco vinieron el General ni el Obispo, por encontrarse éste enfermo, regresé a Jagüey Grande, en cuyo pueblo observé mucho movimiento de tropas, que supuse motivado por la anunciada visita del Obispo; pe-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ro aunque ya yo sabía que el mismo no habría de venir, quise esperar el arribo del tren de viajeros, para ver si en él recibía alguna noticia del levantamiento. Sin embargo, a eso de las once de la mañana, observando que frente a mi casa había inusitado movimiento que se me hizo sospechoso, en un momento propicio salí, siempre acompañado de Esteban Hernández Mesa, para la finca 'La Sirena' lugar en que debían esperarme los hombres comprometidos conmigo.

Una sorpresa dolorosa me esperaba en el punto de la cita: nadie había allí, ni nadie me daba noticias de haberlos visto, cosa esta que me hizo sufrir momentos de verdadera desesperación. Yo tenía tan presente el juramento empeñando mi palabra de honor, en aquella reunión de Trocadero...

La fe que tenía en mis amigos, no obstante las desalentadoras apariencias, fortaleció mis esperanzas, y ordenando a Esteban Hernández Mesa —que no quería

separarse de mí— fuera al paradero de Murga para que trajese de allá al grupo armado que debía encontrarse en dicho lugar, me quedé buscando a los que de su valor, de su amor a Cuba y de su decisión tan seguro estaba!

No me había equivocado, pues; poco a poco fueron llegando mis compañeros de aventuras, quienes me explicaron que, debido al movimiento de tropas habido en el pueblo, decidieron esperarme en otro lugar de "La Sirena" más seguro que aquel convenido, para evitar cualquier sorpresa. Horas después ya estaban bajo mis órdenes 39 valientes dispuestos a todo en holocausto de la patria; y al amanecer del día 25, ya armados y montados, hicimos un amplio recorrido por la zona, cuyo territorio declaré en estado de guerra. En este recorrido detuvimos a un oficial de voluntarios, al que dije, con el fin de que así lo contara luego de dejarlo libre, si no quería unirse a nosotros, que aquella fuerza mía no era sino una guardia avanzada; que el grueso de la tropa estaba internado en la finca, para en combinación con las de Joaquín Pedroso y las de Matanzas, además de otros que luego se nos reunirían, atacar el pueblo y apoderarnos de las armas depositadas en el Cuartel de María Cristina.

La estratagema causó el efecto deseado, pues debido a la misma hubo concentración de fuerzas en el pueblo, así que con los vecinos voluntarios trataron de hacerse fuerte para esperar allí el anunciado ataque. El 25, continuamos recorriendo la zona, entrando en la finca "La Yuca", coaccionando

a algunos trabajadores para que se unieran a nosotros, y dejamos escapar al mayoral para que fuera a dar aviso al pueblo; pues en vista de que el movimiento no parecía haber sido secundado en otros lugares conforme se había convenido, yo deseaba "hacerme sentir" tal como lo había prometido a Juan Gualberto Gómez en la reunión del 23 de enero.

A la mañana siguiente, día 26 de febrero, muy temprano, cuatro exploradores de mi fuerza, Tomás Pereira, Aurelio Rodríguez, Ramón Rodríguez y Jacobo Benavides reportaron la aparición de las fuerzas españolas: delante la Guardia Civil, luego una Compañía del Regimiento de María Cristina y a retaguardia el Escuadrón de Voluntarios de Caballería con algunos números más irregulares, a las cuales esperaron bien parapetados, haciéndoles fuego cuando las creyeron al alcance de sus armamentos, cayendo a la primera descarga un guardia civil. Inmediatamente el fuego de los exploradores fué contestado por el enemigo, sobre todo por la Compañía de María Cristina y la Guardia Civil, pues los voluntarios tardaron algo debido a la inquietud de sus caballos, no fogueados todavía. Este combate desigual duró un rato, hasta que en las fuerzas enemigas se oyó la voz de "Alto el fuego!" Los nuestros aprovecharon aquel momento, regresando al campamento, siendo las ocho de la mañana. Con vista de sus informes coloqué una línea de fuego en el lugar por donde podía venir el enemigo, el que, a las once de la mañana se lanzó al ataque, siendo recibido por nuestra tropa que lo esperaba parapetada dentro del monte, empeñándose un nuevo combate que duró unos 25 minutos, hasta que la corneta española tocó nuevamente "Alto el fuego!", viéndose que las fuerzas adversarias retrocedían; circunstancia que yo aproveché para atacarlas, obligándolas a pelear de nuevo en otro combate de veinte o veinticinco minutos, al cabo de los cuales el enemigo emprendió, definitivamente la retirada, dejándonos dueños del terreno.

Este hecho de armas tuvo lugar en el punto conocido por "Palmar Boniato", en la finca "La Yuca", del barrio López de Jagüey Grande, en la cual permanecimos hasta el día siguiente.

MANANA: "Después de todo la guerra se reduce a abrir y cerrar heridas, y por tanto, el que haga las dos cosas será el más útil."

Pais, Feb 23/39



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA